

**«La onza que tú me habías entregado,
Señor, se ha multiplicado».**

(Lc 19, 16)

Hoy, el Evangelio nos propone la parábola de las monedas de oro: una cantidad de dinero que este noble reparte entre sus servidores, antes de marcharse de viaje. En primer lugar, prestemos atención a lo que provoca la parábola de Jesús. Él «estaba cerca de» Jerusalén, donde le esperaba la pasión y la resurrección. Los discípulos pensaban ver el reino de Dios manifestarse en el mismo instante.

En esas circunstancias, Jesús propone esta parábola. A través de ella, Jesús nos enseña que debemos hacer fructificar los dones y cualidades que Él nos ha dado, o, mejor dicho, que Él nos ha dejado a todos y a cada uno. No nos pertenecen, así pues, no podemos hacer con ellos lo que nos plazca. Él nos los ha dejado para que los hagamos fructificar.

Así pues, los cristianos están llamados a esperar el regreso de su Señor, Jesús. Pero son necesarias dos condiciones:

- La primera: renunciar a la curiosidad malsana de querer saber la hora solemne y victoriosa del regreso del Señor. Él vendrá, se dice en otro pasaje del Evangelio, cuando menos se le espere. Por lo tanto, las especulaciones sobre este tema están

excluidas. Esperemos, con esperanza, pero con un deseo confiado, sin curiosidad malsana.

- La segunda condición es que no perdamos el tiempo. La espera del encuentro y de la felicidad final no puede ser excusa para que no nos tomemos en serio el momento presente. Justamente, cuanto más grande sea la contribución que cada uno hayamos hecho a la causa del Reino de Dios en la vida presente, mayor será la alegría y la felicidad del encuentro final.

Jesús no está lejos de Jerusalén donde va a ser crucificado, donde va a dar su vida para salvarnos. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Nuestra vida es a la vez humana y divina. Ella necesita crecer en la semejanza de Dios, tal y como Jesús nos la da. En Él, el rostro de Dios nuestro Padre aparece con una gran luz. Él es solamente ternura y bondad.

Nosotros creemos que el Reino ya ha llegado. Se nos da cuando caminamos por el camino de la victoria del Amor. El Reino de Dios llega, tenemos que trabajar por él. El talento, la moneda, tiene dos caras. La primera puede ser un rostro humano, la segunda, el de la divinidad de la época. ¡El rostro de Jesús que debe llegar a ser nuestro rostro!

Dios reina en nuestro corazón, nosotros trabajamos para que Él irradie todo su amor con nuestra vida. Este es el sentido de estos talentos, de este don. ¡Estos talentos son ganados en Cristo! ¡Para hacer fructificar nuestros talentos, deben ser puestos al servicio de los otros!

Jesús va a dar su vida en Jerusalén, por amor, para salvarnos y así glorificar al Padre que nos ama. Queremos seguirle y aprender de su pasión de amor en nuestra vida. Juntos podemos hacer maravillas. Dios no nos da todos los talentos. Ponemos nuestros talentos al servicio de los

otros, y entonces se multiplican progresivamente. Nos necesitamos los unos a los otros para vivir en comunidad.

En esta Eucaristía, pedimos a Jesús que nos conceda su espíritu de sabiduría y de humildad para utilizar bien nuestros talentos y hacerlos fructificar. Tenemos que tomar conciencia de nuestros talentos que duermen. Dios quiere llenar nuestro corazón de su amor para que pueda reinar en él como rey amante, manso y humilde.

En esta iglesia de saint Nicolas des Champs, dejemos resonar en nosotros estas palabras de san Vicente a santa Luisa: «**el espíritu de Dios incita mansamente a hacer el bien que razonablemente se puede hacer, a fin de que lo hagamos con perseverancia y largueza. Obre, pues, así, señorita, y obrará según el espíritu de Dios**». (Sígueme I, 158)